

La partida de don Manuel Formoso

Enrique Vargas Soto

Como lector de La Nación he sentido mucho la partida de don Manuel Formoso. Nos deja muchas enseñanzas; dos de las más sobresalientes son su amor profundo a la libertad y a la verdad y su desvelo por el progreso del país. Si en él la libertad como condición de toda convivencia y el apego a la verdad fueron vocación esencial, no menos lo fue su interés por el desarrollo del país y el alto espíritu crítico que una tal postura demanda. En su calidad periodística había una visión concentrada, analítica y sintética a la vez, que contribuía a despejar los horizontes del bien común. Un centinela así es una necesidad para un país débil de carácter.

En sus fructíferos 50 años de periodismo se siente el fluir de esa corriente patriótica que gestaron con fervor ejemplar Ricardo Jiménez, Julio Acosta, Cleto González Víquez y otros costarricenses ilustres. Por eso, nadie mejor que don Manuel para hablarnos de la época de esos patriotas, a cuyo lado se formó este periodista que tuvo siempre un reverencial respeto por la persona humana del lector, sabiendo, como sabía, que el poder espiritual de la prensa forma o deforma conciencias. Entonces, 50 años son poco y son mucho para luchar por la libertad y la verdad de los hechos, vinculados siempre a la persona humana abierta al yo, al mundo, a los valores y a Dios. Cincuenta años para luchar por lo mejor. Compenetrado como estuvo con el Poder Legislativo por muchos años, es una lástima que no combinara el periodismo con el parlamentarismo. En su caso, se desperdició una rica experiencia acumulada tras largos años al calor de presidentes, hombres públicos y problemas nacionales de primer orden.

En sus años maduros, cuando se vive para dentro y el silencio creador mira hacia el recuerdo, libró batallas que todo el país conoce y disfruta: el puente del río Pacuare en la carretera a Limón, que costó más de un siglo; su lucha por el irradiador de cobalto del hospital San Juan de Dios, para combatir el cáncer; la reconstrucción de una pequeña población arrasada por las inundaciones y que debería llevar su nombre o llamarse Formosa y no Tres Equis, que no dice nada; su humanitaria labor en bien de los afectados por el terremoto de Nicaragua, y, finalmente, su vigorosa campaña nacional de reforestación, de tanta previsión e importancia para el equilibrio ecológico del país. Todo esto y muchas cosas más son obra de un periodista que ha querido a Costa Rica, su segunda patria, más de lo que pregonan quererla algunos costarricenses. A veces lo que se vive a fondo no se cita a fondo. Y es cierto: por sus frutos los conoceréis. La trayectoria de don Manuel es ejemplo y estímulo para el periodismo joven, que debe amasar en sus cuartillas el oro viejo del bien permanente. Pese a estar tan bien reemplazado por don Enrique Benavides, siempre sentiremos su ausencia en las páginas de La Nación; porque su labor más valiosa consistió en desempeñar su profesión con un acendrado espíritu de libertad y de verdad, esos dos patrimonios esenciales del hombre que siempre dejan huella. Ante fecundos cincuenta años de abnegada labor al servicio de nosotros los lectores, un saludo afectuoso y reverente. Honor a quien honor merece. Tengo la firme convicción de que la libertad de prensa en Costa Rica le debe mucho a don Manuel Formoso. Y para fortuna del país, los periodistas costarricenses guardan con celo esta invaluable trayectoria y este derecho fundamental de las democracias